

RAPUNZEL, LA MUCHACHA DE LA TORRE

Hermanos Grimm

Un hombre y una mujer vivían en una casita que tenía una ventana que daba a un hermoso jardín, pero no a cualquier jardín, sino al jardín de la casa de una bruja, que estaba rodeado de un muro altísimo para que nadie pudiera entrar ni mirar hacia adentro.

Solamente desde esa ventana el hombre y la mujer podían ver algo: una enredadera florecida, rosas de todos los colores, un jazminero y una santarrita, naranjos en flor y también, en un costado, una huerta.

La mujer se sentaba todas las tardes junto a la ventana, cuidando que la malvada hechicera no la viera. Aunque con un poquito de miedo, se sentía feliz.

Era una pareja a la que solo le faltaba tener un hijo o hija para completar su felicidad. Y creyeron alcanzarla el día que supieron que iban a ser papás.

Una tarde de esas, mientras la mujer contemplaba el jardín, vio en un extremo del huerto vecino unas matas verdes que parecían frescas, con unos frutitos tentadores, y tuvo el impulso irresistible de comer uno. Entonces le dijo a su marido:

–¿Ves esos frutos en la huerta? ¿No son hermosos? Serían muy sabrosos en una ensalada...

–Ni locos –dijo el hombre–. Es la huerta de la bruja. Mejor no entrar ahí.

La mujer no dijo nada, pero entristeció. El hombre la vio mirar en silencio los frutos en la huerta vecina y su corazón se ablandó de amor. Así que

///

///

más tarde, al oscurecer, saltó el muro y, a toda prisa, arrancó unos frutos que le llevó a su esposa.

La mujer preparó con ellos una ensalada y los saboreó con tanto gusto, que al día siguiente quiso más.

El hombre trepó el muro nuevamente, descendió con cautela al jardín, tomó un puñado y estaba a punto de regresar cuando advirtió que la bruja lo estaba esperando.

–¿Cómo te atreves a entrar como un ladrón en mi huerto y robarme frutos? –chilló–. ¡El que a mí me roba lo paga con su vida!

–¡Ay, disculpe, es que son para mi mujer! –tartamudeó el pobre hombre–. Tenga compasión de mí. Mi esposa vio desde la ventana esas frutas y sintió antojo, eso es todo. ¿Y es que, sabe...? Ella espera un bebé y yo quise satisfacerla...

La bruja se quedó pensativa un momento.

–Está bien –dijo–. Tu mujer podrá comer todo lo que quiera de mi huerta. Pero cuando nazca el bebé, me lo deberán entregar.

El hombre, aterrorizado y confundido, sin pensarlo dos veces aceptó el trato sin creer semejante amenaza.

Pero pasaron unos meses, la mujer dio a luz a una hermosa niña y la bruja apareció con su reclamo. Amenazándolos de muerte, tomó en sus brazos a la pequeña, dijo que se llamaría Rapunzel y se la llevó. Los papás quedaron desolados.

Rapunzel era la niña más hermosa del mundo, pero cuando cumplió doce años la hechicera la encerró en una torre que se alzaba en medio del bosque. Era una torre muy, muy alta y no tenía puertas ni escaleras; únicamente, en lo alto, había una diminuta ventana. Cuando la bruja quería entrar, se paraba al pie de la torre y gritaba:

*Rapunzel, Rapunzel,
doncella de oro y miel.*

*Rapunzel, bonita,
deja caer la trencita.*

///

///

Rapunzel tenía un cabello larguísimo, fino como hebras de oro. Cuando oía la voz de la hechicera se soltaba las trenzas, las envolvía en un gancho que había en la ventana y las dejaba caer hasta el pie de la torre. Entonces, sujetándose de esas trenzas, la bruja trepaba hasta lo alto y entraba por la ventanita.

En cambio, cuando estaba sola en su habitación, Rapunzel miraba el bosque y entonaba tristísimas canciones.

Hasta que, luego de unos pocos años, sucedió que el hijo del rey de la comarca, que andaba por el bosque, pasó junto a la torre y oyó una canción tan linda y melodiosa, que se detuvo a escucharla. Cautivado, miró hacia la torre, donde no pudo ver a nadie, ya que la pequeña ventana estaba demasiado alta. Y tampoco encontró puertas ni escaleras. Así que volvió al palacio donde vivía, pero esa voz lo había conmovido tanto, que al día siguiente volvió, y al otro, y al otro, y así iba al bosque todos los días, solo para escucharla.

Hasta que uno de esos días vio acercarse a la bruja, gritando hacia lo alto:

*Rapunzel, Rapunzel,
doncella de oro y miel.
Rapunzel, bonita,
deja caer la trencita.*

Entonces, impresionadísimo, vio cómo descendía la trenza y la bruja trepaba por ella.

Pero no se fue. Esperó hasta que la bruja saliera y después se acercó él mismo al pie de la torre. Y cantó:

*Rapunzel, Rapunzel,
doncella de oro y miel.
Rapunzel, bonita,
deja caer la trencita.*

¡Y la trenza comenzó a bajar! ¡Y minutos después el príncipe empezó a subir! Y se encontró frente a la hermosa Rapunzel, que se asustó al verlo,

///

///

pero el príncipe (que era el hijo del rey de la comarca) le habló con delicadeza y le dijo que su canto había conmovido tanto su corazón, que ya no tenía paz y cada día solo esperaba el momento de verla.

Al escucharlo, Rapunzel perdió el miedo y sonrió. Y entonces el joven se atrevió y, aunque muy nervioso, le preguntó si no quería ser su esposa.

Rapunzel lo miró con una leve sonrisa y le respondió:

–Quizás querría irme contigo, sí, pero no sé cómo bajar de esta torre. Mejor vuelve cada día y, cada vez que vengas, tráeme una madeja de seda. Con la seda trenzaré una escalera, y cuando esté terminada, bajaré y me llevarás en tu caballo.

El joven príncipe, como era de esperar, regresó todas las tardes. Se moría por ver a Rapunzel y cada tarde le traía una madeja de seda. Por suerte la bruja no se daba cuenta de nada, porque visitaba a la joven por las mañanas.

Pero sucedió que una de ellas, mientras la vieja trepaba trabajosamente la trenza, Rapunzel le preguntó:

–¿Cómo es que tardas tanto en subir a la torre? ¡El príncipe, cuando viene, sube en un minuto!

La horrible hechicera se enfureció agarrándose de los pelos, y como una loca le gritó:

–¡Ah, maldita, me has engañado!

Y furiosa como estaba, tomó las hermosas trenzas de Rapunzel, les dio unas vueltas alrededor de su mano izquierda y, empuñando unas tijeras con la mano derecha, ¡ZIS, ZAS!, en un abrir y cerrar de ojos cortó las trenzas de la muchacha y las tiró al suelo. Después llevó a la joven a un lugar desierto, donde la dejó abandonada.

–¡Acá te vas a morir de soledad! –le gritó con su voz más horrible.

Al anochecer, el príncipe llegó a la torre y llamó:

*Rapunzel, Rapunzel,
doncella de oro y miel.*

*Rapunzel, bonita,
deja caer la trencita.*

///

///

La bruja, que era malísima en serio, sujetó las trenzas que le había cortado a Rapunzel del gancho de la ventana y las soltó hacia abajo. El príncipe trepó como otras veces y rápidamente estuvo en lo alto de la torre.

Pero no encontró allí a su amada, sino que se vio, cara a cara, con la espantosa hechicera, que horrible y desencajada, le gritó:

*¡Tu pajarito enjaulado
no está en el nido!
¡Un gato se lo ha tragado!*

Y se reía, feísimo como ríen las brujas. El joven, cuando se dio cuenta de que Rapunzel no estaba allí, sin poder resistir el dolor, se arrojó al vacío desde lo alto de la torre.

Pero sucedió que, aunque muy magullado, el príncipe salvó su vida. Claro que con una consecuencia muy dolorosa: las espinas sobre las que cayó se le clavaron en los ojos y quedó ciego. Ese había sido el castigo inventado por la espantosa bruja.

Desde entonces el muchacho vagó errante por el bosque. Se alimentaba de raíces y bebía el agua de los arroyos, dejándose guiar por el rumor de las aguas. Y lo peor: lloraba sin cesar por la pérdida de su amada Rapunzel.

Así pasaron varios años, durante los que el joven vagó sin rumbo por el bosque, recordando todos los días el canto de su amada. Y Rapunzel, mientras tanto, caminaba sobre las arenas calientes de un desierto cercano, sin poder olvidar al muchacho. Todas las tardes entonaba su canto para sentirlo más cerca. Pero todo era inútil porque el príncipe, incapacitado para volver a su castillo, acabó viviendo muchos años en el mismo viejo bosque, solitario y triste.

Hasta que un día, caminando sin saber por dónde, por casualidad llegó al solitario lugar en el que vivía Rapunzel, al borde del desierto. Y al escuchar su melodiosa voz, sorprendidísimo, el sonido lo guió hasta ella. Y cuando estuvo cerca, Rapunzel lo reconoció.

Es que ese canto había sido tan conmovedor, que el viento lo recogió y lo llevó hasta el bosque donde el príncipe la recordaba y sufría su ausencia.

///

///

Sí, una vez más el canto del amor, en la voz de la muchacha amada, los había unido. Y claro, se abrazaron como antes y Rapunzel, emocionadísima, se soltó a llorar apenas verlo. Y sucedió que dos de sus lágrimas fueron a caer justo en los ojos ciegos del príncipe, que instantáneamente recuperó la vista.

Entonces volvieron juntos, tomados de las manos, de regreso al reino donde fueron recibidos con generalizada alegría.

Después se casaron y vivieron felices por siempre jamás.

Y lo mejor de todo fue que de la terrorífica bruja nunca más se supo.



Ilustraciones Mónica Pironio

La historia de *Rapunzel* es uno de los cuentos de hadas más conocido entre los que compilaron los hermanos Jacob y Wilhelm Grimm. Fue publicado por primera vez en 1812 en Alemania, y de él se han hecho cientos de adaptaciones en todos los idiomas. La versión que aquí se ofrece la escribió **Mempo Giardinelli** para este libro.

#SeguimosEducando
#MeQuedoEnCasaALeer
#SomosResponsables

Plan nacional
de lecturas



Ministerio de Educación
Argentina